

1

Katrina

La librería no se parece en nada a lo que recuerdo. La han remodelado, la pintura blanca cubre los ladrillos expuestos, hay estanterías de madera gris clara donde antes solía haber estantes metálicos y, en lugar de libros usados, sobre la mesa principal hay unas velas encantadoras y unas bolsas de tela de Jane Austen.

No debería sorprenderme el cambio. Hace tres años que ya no compro libros en persona, ni siquiera en la librería Prólogos, adonde solo he ido una vez a pesar de que está a quince minutos de casa, en el parque Hancock, en Los Ángeles. No me gusta que me reconozcan. Pero amo los libros. Comprarlos por internet ha sido una tortura.

Al entrar, miro a la librera. Apenas tiene veintitantos. No es mucho más joven que yo. Lleva el pelo recogido en un



moño despeinado, el *piercing* de la nariz refleja las luces del techo. No la conozco. Cuando me sonrío desde la caja, creo que estoy a salvo.

Le devuelvo la sonrisa y paso por delante de la estantería de *best sellers*. El libro *Solo una vez* está justo en el centro. Identifico de inmediato la tapa azul con tipografía blanca. Lo ignoro mientras avanzo por la tienda.

Hace meses que mi terapeuta me viene insistiendo en que haga esta visita. Terapia de exposición para volver a sentirme cómoda en lugares que antes me encantaban. Cuando me detengo en la sección de ficción, recobro la compostura al recordar que lo estoy haciendo bien. Estoy tranquila. Soy solo yo, buscando algo para leer, sin pesadas expectativas sobre los hombros ni estrés que me martillee el pecho.

Las tapas pasan a toda velocidad, esperando que las escoja. Siento el aroma a páginas frescas. Ya conocía bien las librerías independientes de Los Ángeles cuando Chris propuso que nos mudáramos aquí desde Nueva York por el trabajo que le ofrecieron en el departamento de Escritura de una de las agencias literarias más grandes de Hollywood. Cada librería es diferente y excéntrica, íconos de la alfabetización indignados en una ciudad donde dicen que nadie lee.

Por esa razón he odiado evitarlas. Los últimos tres años han sido un catálogo de cambios. Me he enfrentado a realidades que ya no sabía si quería y a la vida que *decidí* que no quería. He tenido que recordar las alegrías silenciosas de mi existencia cotidiana y, al hacerlo, he tenido que olvidar. Olvidar cómo mis sueños me golpearon con un impacto

devastador, olvidar lo horrible que me sentí cuando por fin me acerqué a lo que siempre había querido. Olvidar Florida.

Ahora todo es diferente. Pero hago de cuenta que no lo es.

La librería es parte de la farsa. Cuando vivía sola en Nueva York, antes de conocer a Chris, solía pasear por las librerías independientes de Greenpoint durante el verano, con la tira sudada del bolso sobre el hombro, e imaginaba las historias que escondían esos lomos, me preguntaba si me darían inspiración, ese combustible para el fuego creativo que nunca podía apagar. Leer no era solo disfrutar. Era estudiar.

Ahora no estudio, pero sigo disfrutándolo. Supongo que es una parte esencial de mí. Los libros forman parte de quién soy: sin importar cuánto cambie, ellos permanecen iguales, siempre revelarán mi esencia. Y fueron ellos quienes me trajeron a esta librería, deseando encontrar algo para leer antes de que Chris volviera a casa.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Oigo la voz de la librera a mis espaldas. Por instinto, me tensiono. Me volteo, vacilante. Mientras me observa con calidez, espero el momento que he temido desde que decidí que necesitaba algo para leer justo esta noche. ¿Por qué simplemente no podía esperar a que me llegara por correo?

El momento tan temido no llega. La expresión de la librera no cambia.

—Eh —digo, insegura—. No sé. Solo estoy mirando.

La chica sonrío.

—¿Te gusta la ficción? —pregunta con entusiasmo—. ¿O prefieres algún subgénero?



Me relajo. El alivio llega al instante. Esto es genial. No, es maravilloso. No tiene ni idea de quién soy. En general, las personas no suelen reaccionar de un modo exagerado al ver famosos en Los Ángeles, donde es posible encontrar a Chrissy Teigen en *Whole Foods* o ver a Seth Rogen haciendo fila para comprar helado. No es que yo sea famosa. Las librerías son el único sitio donde existe la posibilidad de que me hagan preguntas entrometidas o de encontrarme con fans demasiado entusiastas. Si esta chica no me conoce, acabo de encontrar mi nuevo lugar favorito. Empiezo a imaginarme mi noche en detalle: acurrucada con mi nueva compra en el sofá, con los dedos de los pies sobre nuestra alfombra de piel blanca, controlando a James Joyce para que no lo ensucie todo con té verde y acariciándolo hasta que ronronee.

–Sí, me gusta la ficción en general. Sobre todo la contemporánea –digo entusiasmada. Ya tengo ganas de contarle a Chris que he ido a Prólogos y nadie sabía quién era. Es probable que eso le moleste, pero no me importa. Me pondré a leer mientras él descarga su frustración en la bicicleta estática.

–Tengo el libro ideal para ti –dice la librera. Sin lugar a duda le encanta haber encontrado a un cliente que acepta recomendaciones.

Cuando se aleja, los nervios me vuelven a atacar y se me ocurre una horrible idea: ¿y si vuelve decidida a persuadirme para que lea el libro que ha escogido, y trae *Solo una vez*? No sé qué le diría. Los pocos segundos que tengo no me

alcanzan ni para pensar un primer borrador de cómo huir de la conversación.

Pero pasa algo aún peor.

—¿Qué tal este? —La vendedora me entrega un libro con tapa dura—. Salió la semana pasada. Me lo he leído en dos días.

Debajo del título, que consta de una sola palabra, *Refracción*, sobre una fotografía lúgubre en blanco y negro leo el nombre del autor: Nathan van Huysen. Miro hacia el exhibidor de cartón del que ha tomado el libro, y no sé cómo no lo vi antes. Está justo en la entrada y contiene varias filas de ejemplares a la espera de clientes, lo cual me indica dos cosas: costos de publicación elevados y pocas ventas.

Ver ese nombre me impacta, como cada vez que lo veo, ya sea en las reseñas de *The New York Times* o en las entrevistas que intento (sin demasiado éxito) mantener lejos de mi historial de navegación. Deseo que esas quince letras no significaran nada para mí, que no estuvieran enredadas con mi vida de maneras que nunca seré capaz de desenredar.

Y bajo ese deseo, se encuentran sentimientos más complicados, más ásperos. Resentimiento, incluso odio. No hay arrepentimiento, excepto el de haber asistido al taller para escritores donde conocí a Nathan van Huysen.

Acababa de graduarme de la universidad y había conseguido un trabajo en una editorial. Solo servía café, hacía fotocopias y sentía que mi vida aún no había empezado. Había disfrutado de la universidad, de la adrenalina que sentía al aprender cualquier cosa que me generara interés





genuino, el tema daba igual: las estructuras de los hongos, la economía conductual, las prácticas funerarias del mundo grecorromano. Sabía que no sería quien quería ser hasta que escribiera y publicara. Después decidí mudarme al norte del estado, donde conocí a Nathan, y él me conoció a mí.

Yo me estaba yendo de la cena de bienvenida, me abroché el abrigo porque hacía frío y lo vi esperándome. Nos habíamos conocido ese mismo día, y se le iluminaron los ojos al verme salir del restaurante. Hablamos con mayor profundidad. Me contó que estaba comprometido (yo ni siquiera se lo había preguntado). Yo estaba soltera, aunque eso no era algo que soliera divulgar. No pasó nada entre nosotros. Mientras caminábamos por el puente que cruza el río Susquehanna, intercambiamos nuestros versos de poesía favoritos, leyéndolos en el móvil. Nos hicimos amigos.

¿De qué nos sirvió?

Cuando tomo el ejemplar de *Refracción*, la librera susurra con tono conspirativo:

—No es tan bueno como *Solo una vez*, pero me encanta la prosa de Nathan van Huysen.

Me quedo callada, no quiero decir en voz alta que su prosa fue lo primero que me llamó la atención de él. Incluso con veintidós años, su forma de escribir fusionaba a la perfección sus influencias y su estilo propio, como si cada taller de escritura al que había asistido (y habían sido muchos) fluyera de la punta de sus dedos. Me hacía sentir algo que a quienes escribimos nos encanta sentir: inspiración y celos.

Ante mi silencio, la expresión de la librera cambia:

–Espera –continúa–. Has leído *Solo una vez*, ¿no?

–Mmm... –vacilo, porque no sé cómo responder. ¿Por qué me resulta más fácil crear conversaciones en las páginas?

–Si no lo has hecho... –Empieza a caminar hacia la estantería de *best sellers* para buscar un libro de tapa blanda. Sé lo que ocurrirá cuando vea la contratapa. Debajo de la larga y vergonzosa lista de reseñas maravillosas, verá la fotografía de los autores. Los ojos azules de Nathan, su pelo negro rizado, el hoyuelo que solo exhibe en las fotografías promocionales y ruedas de prensa; y, a su lado, la coautora, Katrina Freeling: una mujer joven, con los hombros rectos, facciones suaves y esas cejas gruesas que tanto adora. Maquillada por un profesional, el pelo castaño oscuro peinado y tirante que no se parece en nada a como lo tiene cuando sale de la ducha o lee en el jardín los días calurosos de verano.

Las diferencias no importarán. La librería reconocerá a la mujer que tiene delante.

Por fin recupero la capacidad de hablar.

–No, ya lo he leído –logro decir.

–Por supuesto. Todo el mundo lo ha leído. Bueno, *Refracción* es uno de los libros que Nathan van Huysen escribió solo. Como ya he dicho, es bueno, pero me gustaría que volviera a escribir con Katrina Freeling. Aunque he escuchado que hace años que no se hablan. Freeling ni siquiera escribe ya.

No entiendo cómo es posible que esta chica esté enterada de los rumores y no reconozca a uno de los escritores cuando lo tiene delante. Quizá es porque llevo tres años



sin participar en las presentaciones y las giras de firmas. Después de la mínima promoción de la primera novela que escribí con Nathan, *Vuelos de conexión*, y la gira agotadora de nuestro segundo libro, *Solo una vez* (la única vez que había visitado Prólogos antes de hoy), prácticamente me retiré de ese tipo de eventos y del mundo de la escritura. Fue difícil, porque la vida social que teníamos Chris y yo en Nueva York giraba en torno a la comunidad de escritores, y en parte es por eso por lo que me gusta más vivir en LA, donde nuestros vecinos son guionistas y productores. Aquí, cuando alguien se entera de que eres novelista, o bien te trata como si dieras clases en una universidad de élite, o bien como si fueras un potus. Pero cualquiera de las dos opciones es mejor que la combinación de celos y prejuicios que experimenté al pasar tiempo con quienes eran mis amigos y competidores en Nueva York.

Si cuatro años atrás me hubieran dicho que cambiaría Nueva York por la costa californiana, habría fruncido el ceño o, lo que es más probable, me habría reído. Nueva York era el epicentro de los sueños como los míos y los de Nathan. Pero, en ese entonces, no sabía que la publicación de *Solo una vez* me rompería y me dejaría sola en la ardua tarea de juntar todas mis piezas para convertirme en alguien nuevo. Alguien para quien vivir en Los Ángeles tuviera sentido.

Es raro escuchar a otra persona hablar de mi vida profesional, no sé cómo actuar. Sin embargo, agradezco que la librería no me haya reconocido (y si lo hubiera hecho, habría tenido una de esas conversaciones educadas y entusiastas,

habría firmado un par de ejemplares de *Solo una vez* y me habría ido sin comprar nada).

–Vaya –balbuceo–. Qué lástima. –Ya no quiero ver más libros. Necesito que la conversación termine de una vez por todas.

–Lo sé. –La sonrisa de la chica se vuelve traviesa–. Me pregunto qué habrá pasado entre ellos. Es decir, ¿por qué una pareja tan exitosa se separa justo en su momento de mayor popularidad?

Me empieza a picar el cuello del abrigo y se me acelera el pulso. Es la pregunta que más odio: «¿Por qué ya no trabajan juntos?». He oído los rumores. Los he oído de entrevistadores sin gracia, los he leído en algunas reseñas que he visto al pasar. Los escuchado de Chris.

Según los rumores, o estábamos celosos el uno del otro, o Nathan creía que era mejor que yo, o era difícil trabajar conmigo. O habíamos sido amantes, una especulación que ya circulaba incluso antes de nuestra separación laboral. Dos escritores jóvenes que viajaban a Florida, Italia o los Hamptons para dedicarse a escribir... Nos habían tomado fotografías donde salíamos abrazados en la presentación de *Vuelos de conexión*: el único lanzamiento que hicimos juntos. Y no ayudó que *Solo una vez* se tratara de la infidelidad dentro del matrimonio, ni tampoco el final para nada ficticio del matrimonio para nada ficticio de Nathan.

Por todo esto no me gusta que me reconozcan. Me gustan las presentaciones entusiastas. Me gusta interactuar con los lectores. Lo que no me gusta es la repetición de esta



única pregunta: «¿Por qué Katrina Freeling y Nathan van Huysen ya no escriben juntos?».

–Quién sabe –digo rápido–. Gracias por tu recomendación. Me lo llevo. –Tomo el ejemplar de *Refracción* que la chica me entrega con una sonrisa de oreja a oreja.

Cinco minutos después, salgo de la librería con un libro que no quería.